

ANTONIO CASO

EL HOMBRE

Conocí a Antonio Caso desde la infancia. Sus padres y los míos eran viejos amigos desde la juventud. El ingeniero don Antonio Caso hizo sus estudios junto con mi padre en la Escuela de Minería, donde ambos recibieron su título de ingenieros.

Antonio y yo fuimos compañeros desde la escuela de párvulos; después una parte de la primaria la hicimos juntos y más tarde la preparatoria y jurisprudencia nos unieron para siempre. A Antonio Caso lo quise como al mejor de los hermanos; y lo admiré desde que siendo preparatorianos penetré en su espíritu donde tenía cabida una de las inteligencias más preclaras y profundas que he conocido, y una de las bondades más puras y más sinceras que el ser humano pueda tener. Desde sus años mozos tenía entre sus compañeros el procerato del talento y la sabiduría. Era poeta, pensador y músico. Las primeras manifestaciones de su alma de artista las expresó en versos románticos, entusiastas, líricos, que recitaba admirablemente con lágrimas en los ojos, porque era un sentimental desbordante.

Y al propio tiempo que poeta era músico. Tocaba, no exagero, admirablemente; su ejecución era limpia y su interpretación de una emotividad rara y seductora.

Tocando Chopin, mojaba con lágrimas las teclas del piano.

Si he querido hacer un boceto, nada más que un boceto, de ese hombre que fue en su tiempo la honra más legítima de la nación mexicana, es porque considero que las juventudes de mi país deben

conocer lo más posible, a esa enhiesta personalidad que debe ser guía y ejemplo de las generaciones venideras.

* * *

Antonio Caso hizo de su vida una obra maestra de libertad, sin tener otra ambición que la de saber más cada día, sin más deseo que el de su soledad y su ensimismamiento; sin afán de honores, ni de glorias, ni de dinero y sin más ilusión que la de gozar una plena independencia.

Porque Antonio Caso fue antes que todo, un hombre libre que ganó su emancipación a fuerza de rebeldías, de dignidad y de pobreza.

Si se me preguntara cual fue la virtud suprema de Caso, yo diría: su autonomía espiritual, porque Antonio Caso fue un hombre íntegramente independiente y enseñó a los demás a pensar y a vivir como seres libres. No aceptó, no concibió ninguna esclavitud, y menos aún la del pensamiento, porque coincide con Pascal en su certero apotegma: "Nuestra dignidad consiste en el pensamiento". Y por eso fue fuerte porque siendo libre pudo vivir su vida ideal sin que nadie la torciera ni modificara.

Su alma exquisita adquirió valor al enraizar sus ideales nobles: la verdad, el bien y la belleza, las enhiestas banderas de su gran patria interior.

Buscando la verdad y enseñándola con una gran cordialidad docta y serena, y amando todo lo que es hermoso y rítmico, es como pasó su existencia toda este pensador artista que iluminara con su antorcha apostólica la senda espiritual de varias generaciones mexicanas que lo respetan y admiran.

El maestro consumió sus horas sin desperdiciarlas, buscando "la explicación de los fenómenos del universo" que es la esencia de la filosofía, y amando la cultura apasionadamente. Porque en Caso todo es pasión: el estudio, la cátedra, el amor y el dolor. El sabe que sin pasión nada se alcanza ni perfecciona y por ello a todos sus actos y a todas sus ideas los iluminó con esa su hoguera inextinguible.

Nada ni nadie apartó de su senda a Antonio Caso: ni el amor mundano, ni la política, ni la ingratitud, ni la maldad, ni la penuria.

La política llamó a las puertas de su interés material para hacerlo senador, ministro, poderoso. Caso rehusó con urgente apremio tales incitaciones, pues no podía imaginar siquiera cómo sería, él, estadista.

Caso, político, habría torturado su vida al apartarse de su vocación y de su apostolado engañándose a sí mismo, y él no supo engañar a nadie, ni menos a Antonio Caso.

“El hombre que aparece ante los demás dedicado al ejercicio intelectual, no tiene derecho a mentir”, y el político, dice Ortega y Gasset, aspira a realizar sus pensamientos, no a decirlos. Es, pues, obligación suya, no decir lo que piensa, no dar al viento su intimidad; su mandamiento no es lírico. La mentira, dentro al menos de ciertos límites, es para él un deber.

Y Caso no sabría mentir ni por conveniencia colectiva, por razones de Estado, porque la verdad es el aire de su conciencia, la norma social de su carácter.

Además, quien honradamente se dedica a los negocios públicos debe renunciar a los suyos propios, y para Caso no habría poder político ni honor gubernamental que lo hubiera apartado ni un instante de su eterna religión que fue el estudio, del sólido pedestal de su cátedra, donde tuvo el procerato entre una aristocracia intelectual que lo veneró entrañablemente como símbolo de cultura y desinterés...

...La pobreza tampoco pudo alterar su conducta, al contrario, la afirmó, la definió, la estilizó.

La santa pobreza de Antonio Caso fue su orgullo, porque fue su poder, su escudo, su capital. Caso, limitado de dinero, era rico de libertades. Sin canonjías que obliguen su gratitud o su decencia, el hombre vivió más a placer, como portaestandarte de su propio pensar; como paladín de sus ensueños; como amo absoluto de su alma.

Cuando sospechó que el dinero pudiera constreñir su libre albedrío, lo sacrificó todo con pronta facilidad; porque sabía que el perfecto pensador es aquel que se mantiene incólume de hipotecas espirituales.

Por eso el individuo que quiere ser realmente independiente, o habrá de ser rico para no necesitar de terceros que le restrinjan

su voluntad, o se resolverá a ser paupérrimo para no pedir y para saber rehusar.

* * *

Caso amó su pobreza con deleite porque con ella sintióse dueño absoluto de su propia verdad, de su propia convicción, de su completa autonomía íntima.

Caso no sólo tuvo la terca decisión de ser pobre, sino tuvo también la altivez de serlo, que consiste en sentirse feliz con ella, mirándola como su compañera y protectora, como su égida y su penacho.

Por eso en él fue virtud y no desgracia, fue riqueza y no miseria, porque como dijera Fray Luis de Granada: “no es la pobreza virtud, sino el amor a la pobreza.”

El sentimiento más vivo de Antonio Caso fue la bondad. Desde niño fue siempre bueno, bueno porque así nació, porque no concebía hacer daño a nadie deliberadamente; porque no entendió nunca cómo la maldad puede existir en el humano corazón y ejercitarse en los demás. Caso era bondadoso porque había heredado de su madre bonísima —una madona blanca por dentro y por fuera desprendida de un cuadro del Sazoferrato— esa virtud suprema que lo hiciera un conquistador de espíritus. Porque este raro ser de nuestro medio, que aduna al talento la sabiduría y la más nítida honestidad, tuvo la ventura de verse amado de todo el mundo, no por su inteligencia, ni por culto, ni por recto e hidalgo, sino por todo eso y, además, por ser un gran bueno.

Caso no supo lo que es el rencor, desdeñó el odio y jamás pensó en represalias o venganzas.

En el corazón de Caso no anidaron las malas pasiones; por eso vivió tranquilo, porque no le preocupó la imaginación de un castigo, ni el aguijón de la envidia, ni tuvo entendederas para la inquina.

Sufrió, porque “a gran corazón grandes penas” y porque su vida misma, intransigente en sus convicciones ciudadanas y en su aislamiento e independencia, le creó siempre conflictos de orden práctico que le amargarón sus horas, no por él mismo sino por sus gentes hogareñas y bienamadas.

El dolor ajeno lo conmovía hasta el llanto, pero el propio lo

sobrellevaba con entereza y quizá, a las veces, con voluptuosidad. El dolor fue su compañero y su maestro; lo amó porque en él aprendió a engrandecer y vigorizar su espíritu.

* * *

Caso fue un contemplativo, un reconcentrado, un solitario que nunca tuvo afán deambulatorio, ni se inclinó a búsqueda de hallazgos misteriosos, ni a la curiosidad de lo desconocido; no tuvo el interés del viajero que renueva y afina su emoción con los cambiantes y múltiples panoramas que la pródiga naturaleza ofrece al peregrino.

Los paisajes que vivió Caso fueron sus paisajes interiores que contemplaba ahito y en éxtasis desde su fiel mesa de trabajo. Su mundo era el de su biblioteca donde caminó las amplias rutas y desconocidas veredas del pensar con sólo hacer estaciones de "horas trémulas", al oprimir, con la potencia de sus ideas y acariciar con mirada agradecida las páginas edificantes de sus mejores aliados: los libros.

El no opinaba como Baltasar Gracián, que el mejor libro del mundo es el mundo mismo, él creyó que el mejor de los libros es el que llevaba en su almarío y que nunca escribió, el que pensaba en sus soliloquios, el que vivía todos los días en su atormentada imaginación.

Porque Antonio Caso fue un ser triste, un triste devoto de su tristeza, que ve pasar el tiempo con la retina nublada por una lágrima siempre en flor.

"—Para mí la vida es drama—" solía decir, y es que entonces no hablaba el filósofo que piensa sino el romántico que siente, porque Caso fue un poeta melancólico, un profundo sentimental y un misántropo.

* * *

Por eso no era un hombre de acción; las actividades externas distraen la mente y prostituyen las emociones. La actividad presupone comunicación con los demás, atenciones obligadas, diálogos anodinos, esfuerzo hacia afuera; y él no encuadraba en ese marco que le resultaba grillete.

El auditorio le placía en la cátedra porque entonces el profesor está ensimismado, quizá más que en su propia soledad porque el auditorio, no es interlocutor sino símbolo del silencio solemne y el silencio es dilecto amigo de los filósofos y de los espíritus dolientes como el suyo.

Caso amó su libertad y su soledad porque así se sentía más él, más pujante y auténtico. ¿No decía Ibsen que el hombre más fuerte del mundo es aquel que permanece más solo?

Caso tenía como Chateaubriand tuviera: "una especie de ebriedad de independencia que le produce fiebre".

Su amor al aislamiento no fue efecto de decepciones, de falta de triunfos, ni escasez de amigos o admiradores; nada de eso, Caso prefirió la soledad porque para él "los sucesos exteriores no son nada, el hombre interior es todo"; porque dentro de sí mismo, como dice un egregio esteta, el pensamiento siente una fruición muy parecida a la amorosa cuando acaricia el "cuerpo desnudo de una idea", Caso amó la soledad porque en ella se pudo hundir en su amargura, sin ruido y sin testigos, y él amó el dolor que es una forma de amar la belleza.

(*El Informador*, de Guadalajara, 26 de octubre de 1953).